

Luego, como impulsados por una máquina, todos los remos penetraron al agua y se sintió el esfuerzo simultáneo, y el bote, como lanzado por un resorte, surcó las ondas, dejando una profunda estela.

Pocos momentos después, la armada de Juan Morgan se daba á la vela.

III.

Portobelo.

UNA de las plazas mas fuertes que tenia sin duda el rey de España en todos sus dominios del nuevo continente, á excepcion de la Habana y de Cartagena, era la ciudad de Portobelo.

En la Costa-Rica, á catorce leguas del golfo de Darien y á ocho de la serranía conocida por el *Nombre de Dios*, Portobelo estaba defendido por dos castillos, en los que se encontraba siempre una guarnicion compuesta de 300 soldados y sobre 400 mercaderes armados para su seguridad y custodia.

Generalmente los comerciantes, aunque tenian en Portobelo sus almacenes, no concurrían á la ciudad sino cuando llegaban los galeones de España, y preferían vivir en Panamá por su clima sano y su aire puro.

Sin embargo, vivia en Portobelo un riquísimo propieta-

rio llamado Don Diego de Alvarez, con su esposa Doña Marina, y una preciosa niña, fruto de aquel feliz matrimonio, á la que, por recuerdo de la esposa del virey de México, marqués de Mancera, habian puesto Leonor.

Doña Marina no habia perdido su deslumbradora belleza; y la frescura de su tez y el brillo de sus negros ojos la hubieran podido hacer pasar por una vírgen tan fácilmente como por una madre jóven.

Don Diego era tan galante y apuesto como cuando nuestros lectores le conocieron en México; y en Portobelo como en la capital de Nueva-España, á nadie cedia en lujo y esplendor.

Poco tiempo despues de la llegada de Don Diego y de Doña Marina á Portobelo, habia llegado allí un amigo del primero, Don Cristóbal de Estrada, que siguiéndolo y en busca de un abrigo contra la rencorosa persecucion de Doña Fernanda, llevaba lejos de su patria á la hermosa Doña Ana.

Muy cerca está aún la historia de estos amantes, para que nuestros lectores hayan podido olvidarla.

Doña Marina conocia á Don Cristóbal, pero ignoraba que trajera consigo á Doña Ana, y ésta por su parte, no sabia que se encontraba cerca del Indiano, porque Estrada habia cuidado bien de contárselo.

Doña Ana seguia en su vida de aislamiento y de soledad; pero aquella vida comenzaba á cansarla: su imaginacion ardiente y su espíritu inquieto no la permitian echar en olvido aquellos tiempos en que jugaba con el corazon de cien galanes; y si por un momento se engañó á sí misma creyendo que iba á encontrar la felicidad en el hogar, pronto conoció que se habia equivocado.

Quiso recobrar su antigua libertad poco á poco, para no

alarmar á Estrada, en cuyo poder se encontraba, y comenzó con una paciencia y una habilidad, propias solo de las mujeres, á romper aquel método de vida.

Estrada lo comprendió, pero la dejó hacer. Doña Ana no era conocida en la ciudad y podia pasar muy bien por su mujer, y Doña Fernanda ignoraba hasta el lugar en que ellos habian ido á buscar refugio.

Doña Ana salia ya por las tardes á paseo, buscando el fresco aliento de las brisas del mar, acompañada generalmente por dos esclavos que conducian una silla para que descansara la señora en el lugar que le parecia mas á propósito.

Nada hay que haga soñar mas á las imaginaciones ardientes, que la vista del mar y los paisajes de las costas: el alma se separa allí del cuerpo, la vida real desaparece y una vida fantástica y romancesca desenvuelve sus brillantes cuadros ante el espíritu, á presencia de la grandeza del Océano, de la grandeza de la materia. El hombre ve tan pequeña su parte material, que no siente mas que el espíritu, el espíritu, ante el cual no hay mas grandeza que la de Dios.

Doña Ana gustaba de ir á meditar y á soñar á la orilla del Océano, y buscaba siempre la playa mas solitaria, los lugares en que las olas bravías chocaban en los erguidos y negros peñascos, rugiendo y amenazando á la tierra con su furor y su eterna constancia.

Una tarde, la jóven se habia alejado distraida y sin advertir que la marea subia á toda prisa, y hubiera seguido caminando si uno de los esclavos no se hubiera atrevido á hablarla.

—Mi señora—dijo el esclavo.

—¿Qué quieres?—preguntó con altivez Doña Ana.

—Mi señora, la marea sube, sube, y corta el camino de la vuelta.

Doña Ana volvió el rostro; las ondas ganaban visiblemente terreno.

Habia atravesado la jóven una larga distancia por una playa de arena que se tendia al pié de una muralla inaccesible de rocas; las ondas llegaban ya al pié de aquellas rocas, y muy pronto se estrellarian furiosas contra ella, sin dejar la menor esperanza de salvacion.

Doña Ana miró adelante, y era imposible avanzar: ningun recurso quedaba sino aprovechar el tiempo y volver rápidamente por el mismo camino, antes que la alta marea lo hiciera imposible.

Los esclavos comenzaban á temblar de miedo, y Doña Ana sintió un movimiento de pavor en su corazon. Pero comprendió que era fuerza sobreponerse á todo, y comenzó á caminar con cuanta velocidad le fué posible, seguida de los esclavos.

Las ondas venian ya á mojar sus pequeños piés, y no podia caminar mas aprisa, y aun para salir del peligro tenia que atravesar una gran distancia.

Cada ola que llegaba era un anuncio de muerte, porque cada ola que llegaba era mas alta que la anterior. El agua al principio se retiraba dejando solo mojada la arena; pero poco á poco fué quedando en vez de arena húmeda, agua que subia de nivel, agua que llegaba ya á la cintura de la jóven, y olas que la cubrian completamente algunas veces.

La muerte era ya inevitable; pero ni una mujer ni un niño mueren sin luchar por la vida. Doña Ana hacia inauditos esfuerzos por avanzar, aferrándose á las erizadas rocas para no ser arrastrada por las olas: sus manos sangraban y el aliento le faltaba algunas veces.

En aquella angustia mortal, sintió que el terreno se iba elevando á medida que caminaba, y se creyó salvada; era una eminencia que las mismas rocas formaban en la orilla del mar, y que venia á ser como un pequeño escalon al pié de aquellas peñas tajadas como á pico.

Doña Ana subió aquel escalon, no sin maltratar su cuerpo, seguida de los dos aterrorizados esclavos, y respiró.

Aquella no era una gran altura, ni de allí se podia subir mas; pero allí el agua no bañaba mas que sus piés, y quizá el mar no subiria mas.

La tarde estaba hermosa, y el sol se reflejaba á lo lejos sobre la movediza superficie del Océano, mientras en la playa se dibujaban las sombras de las montañas.

La marea subia, subia implacable; el mar queria aquellas víctimas.

Volvieron las ondas á tocar á Doña Ana; ella comprendió que su última hora habia llegado, cruzó sus manos y comenzó á orar con resignacion.

Los esclavos gritaban como unos desesperados.

IV.

Entre las olas.

LA escuadrilla de Morgan, dirigida por Juan Darien, habia llegado hasta el puerto de Naos, y pasándose de allí á otro puertecillo mas cercano á Portobelo, que se conocia con el nombre de Puerto-Pontin.

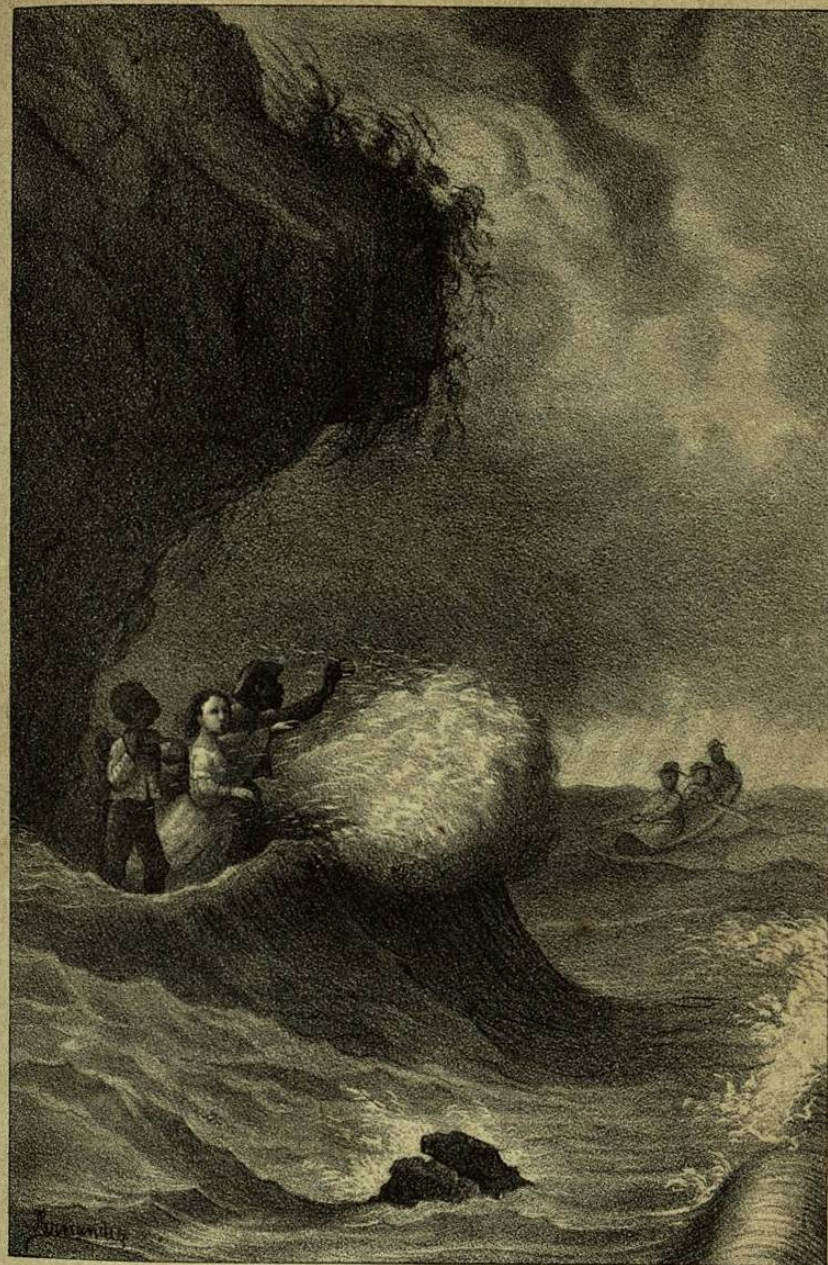
Allí se dispusieron para salvar en lanchas la distancia que por mar los separaba de la ciudad, desembarcar durante la noche en un paraje llamado *Estera*, y de allí acercarse á las fronteras y sorprenderlas, cuidando antes de poner cerco á la ciudad.

Este era el plan propuesto por Juan Darien y aprobado por Morgan.

—Para tener mas seguro el éxito—dijo Juan Darien—ocúrreme una cosa.

—Decid—contestó Morgan.

—Que alguno de los nuestros se introduzca en la ciudad antes que la noticia de nuestra llegada circule allí; él



Entre las olas-pag 326.

217 de J. Rivera's hijo

nos avisará si algo se prepara contra nosotros, y en el caso de una resistencia obstinada, podrá atacar á nuestros enemigos dentro de sus mismos atrincheramientos.

—Muy bien pensado—contestó Morgan;—pero hacer entrar á la ciudad un gran número de nuestros soldados, seria peligroso, porque fácilmente serian descubiertos.

—No, á fe mia, que solo uno se necesita que penetre, con tal de que sea hombre de valor, que yo le daré persona que ponga á sus órdenes en el momento tropa tan buena como la que vos podeis conducir; dadme el jefe, que yo de los míos no le puedo escoger, porque todos á cual mas son desconocidos en Portobelo.

—El jefe, tal como vos pudiérais desearlo, aquí está—dijo Morgan, mostrándole á Brazo-de-acero.

—En efecto; tal es este jóven, que pudiera decirse que está llamado á propósito para esta empresa. ¿Tendreis, Brazo-de-acero, valor para acometerla?

Antonio se sonrió desdeñosamente.

—Preguntas haceis—dijo Morgan—que hombres como el mexicano tomaria por insulto á no venir de un amigo: dad las instrucciones, que él sabrá cumplirlas.

—Perdonadme, mi jóven paisano—dijo Juan Darien—perdonad mi indiscrecion, y escuchad: yo os daré dos de mis marineros que os lleven en un bote hasta un lugar de la playa que ellos conocen; una vez allí, en la extension corta que alcanzará vuestra vista; porque están muy cerca los bosques, vereis una casita; encaminaos á ella y preguntad por José el pescador; él se os presentará; es un viejo, alto, enjuto de rostro, con la barba poblada y muy cana; decidle, y no lo olvideis: ¿Podré tomar un rizo? y él os contestará: ¿Y enjuncar tambien? Entonces decidle nuestros

planes. El os introducirá á la ciudad, os proporcionará lugar seguro para esperar, os dará las noticias necesarias, y pondrá lista á la gente que necesiteis para el caso de un ataque. ¿Necesitais algo mas?

—Nada. ¿A qué hora debo partir?

—La tarde avanza; debeis llegar á la casa de José antes de que falte la luz, porque al anochecer saldremos de aquí nosotros.

—En tal caso, que venga el bote.

Juan Darien se apartó unos cuantos pasos, dió una orden á uno de sus oficiales, y no tardó en presentarse un bote angosto y pequeño con dos bogas.

—Hélo aquí—dijo Juan Darien.

—Pues adios—exclamó Brazo-de-acero estrechando la mano de Morgan, mientras que el pirata campechano daba sus órdenes á los remeros.

Antonio saltó al bote y los remos azotaron el agua.

Durante la travesía, Brazo-de-acero permaneció en silencio y sin poner atencion á lo que hablaban los marineros, hasta que ellos levantaron insensiblemente la voz.

Era que hablaban sobre algo que los preocupaba.

—Vaya—decia uno—y son tres.

—Tres—contestaba el otro—y parece mujer la de en medio.

—Sí que es mujer; pero esos á no ser buzos se ahogarán, y esta noche se los cenan los tiburones.

—¿Qué hay?—preguntó Brazo-de-acero.

—Tres personas que están allá entre las peñas, y que la marea tiene de cubrir mas alto que donde ellas están—contestó un marinero sin dejar de remar.

—Y hay una mujer, agregó el otro.

—¿Y no tienen modo de huir de allí?—preguntó Brazo-de-acero.

—Ninguno; yo conozco muy bien esas rocas: una vez me sorprendió allí la marea, y solo á nado y con mucho trabajo salí; ya me ahogaba yo: le puse milagro de concha á Nuestra Señora del Buen Viaje.

—¿Entonces esos infelices van á ahogarse?—dijo Antonio.

—De seguro, y muy pronto; ya les llega la mar á la cintura.

El bote iba poco distante de la costa.

—Gritan—dijo uno de los bogas.

En efecto, se oian á lo lejos gritos terribles.

—¡Vamos á auxiliarlos!—exclamó con entusiasmo Antonio.

Los dos marineros alzaron el rostro para mirarlo, como si hubiera dicho una blasfemia enorme; Brazo-de-acero lo advirtió.

—¿Por qué me veis así?—dijo—¿acaso no quisiérais salvar á esas pobres gentes?

—Querer sí—contestó uno;—pero es imposible.

—¡Imposible! ¿por qué?

—La mar nos rompería las narices contra las rocas antes de que hubiéramos conseguido algo.

—Pues probemos—dijo Brazo-de-acero.

—Por nosotros es igual—dijo con indiferencia un marinero;—nadamos como unos pargos y conocemos la sonda como á nuestro sombrero.

Y sin mas objeciones dirigieron la proa hácia donde estaban aquellos tres desgraciados, que como es de suponerse, eran Doña Ana y sus dos esclavos.

La marea subía, y el bote caminaba á la costa con facilidad; los salvadores estaban ya cerca; Doña Ana esperaba con resignacion, y los esclavos no dejaban de gritar.

—Aprovechad esa ola que viene—dijo Antonio á los bogas;—sobre ella es preciso enfiar; esos hombres detendrán el choque del bote. Ea, hombres, disponeos á recibir el bote; aferrad bien, que no choque contra las rocas. Allá vamos; firmes.

Aquella rara maniobra se ejecutó tal como la habia mandado Brazo-de-acero; la ola llegó, levantando el bote, y despues lo arrastró sobre la cresta. Los esclavos se prepararon á recibirlo para evitar el choque, y se apoyaron contra las rocas.

Cuando el bote llegó, los dos negros casi se lanzaron á recibirlo, y los marineros tendieron los remos para apoyarlos tambien en las rocas, como hacen los picadores para aguardar el bote de un toro.

Sin embargo, á pesar de todos estos esfuerzos, el choque fué violentísimo, y uno de los marineros cayó dentro del bote; pero la desesperacion triunfó sobre los elementos, y el bote quedó como amarrado en la costa.

—No hay que perder tiempo—exclamó Antonio;—antes de que otra ola venga y nos arrastre, entrad, señora.

Doña Ana tendió sus brazos, y Antonio, ayudado por los negros, la metió en el pequeño bote, y los negros entraron tambien, y todos se pusieron á esperar la ola que llegaba y cuya retirada debian aprovechar.

Llegó la ola, el sacudimiento fué tambien terrible, la espuma cubrió á aquellas seis cabezas, y cuando reventó y volvió aquella masa de agua á retirarse de la costa, ya llevaba en sus espaldas á los que acababan de escapar de la muerte.

—¡Nos hemos salvado!—exclamó Brazo-de-acero.

Doña Ana levantó el rostro á mirar á Antonio; sus ojos se abrieron con espanto, y gritó sin poder contenerse:

—¡Dios mio! Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—¡Cielos!—dijo Brazo-de-acero reconociéndola—¡Doña Ana de Castrejon!